

UN ACTO DE AMOR

Hasta aquí he llegado. ¡Se acabo! De nuevo una noche más sin poder dormir. Eran las tres de la madrugada. Me levante y me fui al sofá. A mi lado, como una sombra, el mismo pensamiento áspero y seco que me persigue dese hace meses: Déjalo ya Laura. ¡Déjalo ya!

En la calle no cesaba de llover. Recordé las palabras del psicólogo diciéndonos que una las decisiones más difíciles era decir: Basta. He ido aplazando esta decisión y me parece que el tiempo de decir basta ha llegado.

Voy camino de los cuarenta. Llevo ocho primaveras buscando ser madre. Nada. El día que me ingresaron por una hiperestimulación ovárica hubiera preferido ser abogada, como mi marido, pero soy enfermera. Y por si fuera poco, he trabajado toda una década en maternidad. Creo que conozco bien los avatares del comienzo de la vida.

Mi compañero dormía. En el sigilo de la noche, cogí los diarios que escribí en esos años. Necesitaba encontrar una frase, un verbo, una palabra que me ayudara a decirle a mi esposo que no podía más.

Mi querido Alberto. Lo observo en su sillón leyendo. Desde que abrimos la caja de los deseos, ha cambiado el negro azabache de su pelo. Ahora, las nieves bordean sus sienes, como diría el poeta. También le han aparecido unas pequeñas ojeras. Antes no tenía. De todas formas tiene la mirada tan limpia y tan dulce, que nada le puede afear. ¡Cuánto le amo! Tiene una paciencia infinita conmigo. Con todos. Con todo.

Amaneció. Yo seguía en el sofá.

—Buenos días mi amor —dijo Alberto sorprendido al verme levantada— ¿Otra pesadilla Laura?

—No —mentí— Me despertó la tormenta. No podía dormir.

—No hagas comida hoy. Pasare a recogerte sobre las dos y comemos fuera.

—Estoy bien..... De verdad.

—Descansa y llama a tu madre, o sal y te distraes. Cuídate..... Ya sabes, te doy un toque y bajas. Laura: Te quiero.

Cuando nos conocimos yo andaba cerca de los veintiséis y el rondaba los treinta. Nos casamos dos años después. Alberto es hijo único y le encanta los niños, como a mí. En mi infancia, mi diversión favorita era jugar a ser mamá. Paradojas de la vida. En fin, recuerdo perfectamente que nos cogíamos de la mano y empezábamos a ponerles nombres a nuestros futuros bebés. Teníamos más nombres que estrellas en el cielo. Que tiempos.....

Hace una semana que me hice una salpingografía. No le he dicho nada a Alberto. Todo está bien. Mejor dicho, no. Parece que me da miedo decírselo. No debería haberlo hecho. Mejor me callo y empezamos juntos. Recuerdo la cara de sorpresa y hasta desconcierto que puso cuando le sugerí hacerse un espermiograma. Bueno- contesto-si lo tuyo esta bien, entonces me lo haré. Hemos estado una semana en silencio. Un tibio recelo se teje a nuestro alrededor, un malestar del que evitamos hablar. Tendré que tomar la iniciativa. Díselo y ya esta.

Conforme iba leyendo, se me iba achicando el alma y el pellizco en el estomago empezó a molestar. Ansiedad. De pronto me vi limpiando y ordenando otra vez. ¿Para qué? Si todo estaba pulcro. Daba igual. Por más actividad que desplegara las mismas preguntas seguían ahí: ¿Cómo le digo a él que no soportó más esta situación? ¿Cómo? ¿Cómo reaccionara? Volví al sofá y seguí con los cuadernos.

Esta mañana le han dado a Alberto el informe del espermiograma. Resumen: una leve disminución de la movilidad y algunas formas anormales. Nada. Lo mismo que yo: Nada. Esterilidad idiopática, le llaman. También esta nuestra pena y desasosiego. Pero claro, eso no cuenta. Hemos ido al cine universitario. Alberto quería ver Casablanca en versión original. Yo me quedo con los subtítulos. Volvimos callados. Al menos nos queda Paris, le he dicho hace unos minutos al apoyar mi cabeza en su pecho. Silencio. Me aprieta fuerte. Su abrazo sabe a tristeza. Que días más extraños.

Cerré los diarios y llamé a mi madre.

—Mama. Necesito hablar contigo. ¿Vas a estar en casa y me acerco?

—Iba a salir. ¿Qué pasa Laura?

—Mamá..... ¡No puedo más! De verdad, ¡No puedo! He decidido dejarlo. No quería contártelo. En el trabajo tengo problemas. No me centro. En casa soy una maniática del orden. Apenas duermo. Tengo pesadillas. La semana pasada volví a Prenatal....ya, ya lo se, no debí hacerlo. En serio. Esto me supera. Me siento mal.... Muy mal.

—Tranquila Laura. Tranquila. Si no quieres, lo dejas y ya esta. La vida es igual de bella con hijos y sin hijos.

—Bueno, la abuela decía.....

— ¡Ya sé lo que decía la abuela! ¡Laura por Dios! Eran otros tiempos.

—De acuerdo. Vale. El problema es Alberto, aún no se lo he dicho. Temo su respuesta. ¡Esta tan ilusionado! ¿Cómo se lo digo? Fíjate, hoy he pasado mala noche y quiere que comamos fuera para que yo descanse.

—No te agobies hija. Vente esta tarde. ¿Por que no sales y te compras algo? Sorpréndelo. Últimamente vas hecha una facha con todos esos vestidos anchos.

—Si. Llevas razón mama. Pero otro día. Hoy no estoy de humor para compras.

—Relájate Laura. Quizás debas pensar en una última oportunidad. Eres de las que no se rinden fácilmente. Lo hablaremos esta tarde más despacio.

—Mama, he perdido la fe. La fe en mis fuerzas. La fe en Dios, la fe en todo.....De verdad mama: ¡No puedo más!

—Tranquila hija. Vente pronto. Y sobre todo, no seas drástica.

Tras colgar me quede más tranquila. Era como si el dolor hubiera encogido. Sonreí y pensé: Seguro que intenta convencerme. La conozco bien. Seguirá y seguirá hasta rebatirme el último argumento. Aunque quien sabe..... ¡No! Laura, por ahí no, me repetía mientras preparaba un té. ¡Con lo fértil que ha sido mi madre y la madre de mi madre! ¿Por qué no me pareceré en eso a las mujeres de mi familia? Para mi madre todo es aparentemente sencillo. Todo tiene arreglo. Si no fuera por ella, que tanto me animo al comienzo de esta odisea, no se que hubiera sido. ¿Cómo dejo de pensar? Que fácil es decirlo.

Estoy tan convencida de que lo voy a lograr y además a la primera, que esta mañana he comprado revistas de bebés. Se las he mostrado a Alberto nada más entrar por la puerta. ¡Estaba tan ilusionada! Pero. Me he quedado de piedra. No esperaba esta reacción.

—No lo hagas por favor —me dijo conmovido bajando la voz—. Laura...todavía no. Por favor.

—Lo siento —respondí gimoteando — Lo siento.

Conforme iba leyendo, evoque con precisión el correr de los meses y las estaciones. Yo esperaba un milagro. Hicimos tantos intentos en inseminación artificial como días tiene la semana. Por aquella época, mi capacidad de sacrificio era tan grande como nuestros sueños. Fue un tiempo de paréntesis lleno de quimeras, derrotas, paciencia y quizás, demasiada fe.

La regla sigue presente, como una maldición que no se va. Recuerdo como la celebraba en mis dorados años veinte. Ahora todo es distinto. Me veo como una mujer desesperada. Una mujer impaciente y obsesiva por entrar en la maternidad. Sentada en el water contemplo esa horrible mancha roja que me paraliza cuerpo y alma. Muchas mañanas me sorprende a mi misma soñando. Ya que no puedo embarazarme, al menos me preño de fantasía. En el programa de niño sano en el que estoy ahora. ¡Con cuanta ternura sujeto yo a esos bebés que no son míos! Dios mío ¿Hasta cuando? Me preguntó.

Llevamos cinco intentos de inseminación artificial. Intentos fallidos. Temperatura, saliva, orina...Todo. Al principio me resultó incomodo tocar el moco. Mirarlo. Ahora soy una experta. Si tuviera un microscopio buscaría la famosa cristalización en helechos. Alberto insiste: Una vez más. No importa. Las que sean necesarias mi amor. Por un tiempo quisiera verlo enmudecer. No debo escribir esto. Aunque. Mi cuerpo aprieta. Las hormonas de fuera me pinchan, me matan. Los controles. La enorme tensión. Todo. No soy yo.

Que días más raros. Me irrito con facilidad. Cualquier detalle me altera. Hoy me he enfadado con mi madre. No llevo razón. Lo se. Ella intenta ayudar. Estoy cabreada conmigo. Con el mundo. Hasta con Dios. Todo o casi todo me resultaba hostil. A veces, me descubro rezando. Rezo con los labios cerrados. Tengo el cuerpo herido por dentro y el corazón abierto, hecho trizas.

Menos mal que él pone la nota de humor en mi pequeño drama. Es adorable. Mi querido Alberto.

—Laura, creo que el problema está en la técnica. Quizás si busco a una joven y explosiva enfermera para la extracción de semen.....

Cerré los cuadernos. Que desazón revivir esos momentos, nuestro día a día con la incertidumbre a cuestas. Siempre pensé que podría tener hijos. Todo estaba bien, mis reglas eran normales, mi cuerpo era un reloj. Recién casada yo estaba satisfecha con mi vida, hasta que empezó esta encrucijada. Desde entonces, la dichosa frase de mi abuela, pende sobre mí como una inquietante sentencia: Una mujer sin hijos, es media mujer.

Hemos optado por la FIV. Hace dos meses que no he escrito nada. Temía lo que sucedió. Suele pasar me dijeron. En la primera no te hagas ilusiones. Es como un ensayo. Me quede en la preimplantación.

Vuelvo de nuevo. Hoy termina el invierno. Autoinyectables. He cogido unos kilos. Hinchada, preñada de agua. Algunas noches las cefaleas son horrosas. Alberto ha aparcado su trabajo de las tardes. Pasa más tiempo conmigo. Esta muy pendiente. Es un cielo. Son días de una intranquila normalidad. Esta tarde me he hecho el tercer control. Tres y dos folículos. Nunca había rezado tanto como ahora. Dios mío: ¡Ayúdame! ¡Ayúdanos!

Ayer me hicieron la aspiración folicular. Voy por mi tercera fiv. Por la mañana tenía unas nauseas espantosas. Así vas tomando experiencia para más adelante....me anima Alberto. Consiguieron un embrión de calidad. Vuelvo a ilusionarme, despacio. Hacia un sol esplendido. Que día más hermoso. Me aconsejan estar un día de reposo. Voy a hacer tres, por si acaso. Son días de calma. Estoy más tranquila. Esto va bien. Gracias.

Hice un descanso. Seguía sin encontrar el hilo, la frase o lo que fuera, que me ayudara a explicar a Alberto mi decisión. Eran las doce del mediodía y había dejado de llover. La calefacción seguía pendiente de arreglar. Hacía frío. Que desangelada estaba la casa, sin calor y sin niños. Abrí los diarios. Escribí cinco cuadernos grandes en todo este tiempo.

Hoy es jornada de calma. Han pasado tres semanas después de aquello. Era jueves por la noche. Por aquellos días el viento del poniente destrozó los geranios del jardín. Ya lo arreglaré, pensé. Estaba contenta. Al día siguiente iba a hacerme una ecografía. Hacía veinte días de la primera. Puede que estuviera de siete semanas. Un diminuto milagro, sí, pero un milagro. Me acosté temprano. Empecé a escribir, como ahora. De pronto, me sentí mojada. Sabía lo que era. Cerré los ojos y apreté fuerte las piernas, muy fuerte. ¡No! ¡Por favor! ¡No! ¡Dios mío! ¡No! ¡Por favor.....por favor! Rota por arriba y por abajo. Desarmada, sin dejar de llorar.

Ahora que lo pienso: ¡Cuanto hemos crecido en estos años! Lo intente, mejor dicho, lo intentamos una vez más. El mismo resultado. Idéntico dolor. Recuerdo muy bien como me sentía. Deje de escribir durante semanas. Me asfixiaba. El silencio denso de Alberto me oprimía. Su ternura me quemaba. Él luchaba por llenar el desencanto de suave normalidad. Yo no podía.

El quinto y último intento me devolvió al hospital por una vía distinta de la habitual.

Estoy en el tercer box de polivalente en cuidados intensivos. Ayer me drenaron un par de litros del abdomen. Cuando se acercan mis compañeras, sonrío. Me hago la fuerte. Estoy bien, digo. Miento. No lloro por vergüenza. El residente se sorprende al verme aquí. Lo conozco. Es un tipo enjuto y amargado. Me mira de reojo. Se lo que piensa: Que loca, jugarse la vida para quedarse embarazada. ¡Con la de niños que hay en el mundo esperando una madre!..... Deja de pensar, me repito. No voy a escribir aquí. Le daré el cuaderno a Alberto esta tarde. Tengo los ojos húmedos. Quizás me lo noten. Los aguanto apretados. Duelen. No quiero que me vean así. No.

La comida fue tensa. Alberto acunaba su mirada en mis ojos. Yo me escapaba. Sabía que le ocultaba algo. Fueron unos minutos inmensos, acorralados. No quiso preguntar. En el coche le dije:

—Tenemos que hablar —Apenas si me salía la voz del cuerpo. Él tenía el ceño fruncido. Estaba serio.

—Cuando tú quieras Laura..... Cuando tú quieras.

Eran cerca de las cuatro cuando llegué a casa de mi madre. Ella siempre me acogía con los brazos abiertos. Cálida y cómplice. Era mi mayor aliada en las batallas que mantenía conmigo misma. Le mostré los diarios. Nunca antes se los había enseñado.

Los miró atentamente. Después de una hora leyendo, la vi marcar algunas páginas.

—Voy a preparar café. Ahora te leo lo que he encontrado y después empezamos a hablar de lo que quieras —dice sin titubear— ¡No me mires así! No te voy a convencer de nada, que tú no quieras.

Y comenzó su lectura.

Ayer estuve todo el día llorando. Ver la regla me destroza. Alberto me cubre de mimos. Debe sufrir a su manera. No dice nada. Se acerca, me toma la mano y me ofrece un pañuelo. Estos días me resultan insoportablemente largos. Si no fuera por él... Sus brazos son el bastión donde refugio mi pena. Esta a mi lado. Sin agobios. Cercano. Leal. A veces creo que él necesita un hijo más que yo.

Esta mañana me han dado el alta. Por fin. Gracias Dios mío. Nunca pensé que pudiera desarrollar una ascitis como la que he tenido. Me he asustado bastante. Bueno, supe disimular. Los compañeros de intensivos fueron encantadores. Al fin en casa. Cansada. Un poco débil y feliz. Feliz y sorprendida. La casa esta llena de flores. Rosas blancas en el salón, claveles rosas en la cocina, rosas amarillas en el pasillo. Y un ficus a los pies de la ventana de nuestro dormitorio. Mi amor. Mi compañero. Ahora se que puedo vivir sin un hijo. Ahora se que no podría vivir sin él.

— ¡Basta mamá! Por favor no sigas leyendo.

—Laura. Mira lo que has escrito y... piensa. Tus diarios son una amalgama de sentimientos: desconsuelo, esperanzas, inquietudes y sobre todo amor. Puede sonar cursi, pero es cierto, mucho amor.

—Mamá, no te imaginas lo que he pasado todos estos años. De verdad. No encuentro las palabras adecuadas que hablen de lo que he vivido. ¡Estoy desbordada!

—Por favor, escúchame: Si no quieres seguir, lo entenderé. ¿Recuerdas lo que decías al principio?: Mamá lo voy a lograr. Voy a ser fuerte. Te sorprenderás. Nada de desánimos.... Esas fueron tus palabras. Me acuerdo muy bien.

—Tenía ocho años menos y..... —No me dejo acabar la frase.

—Excusas. ¿Y Alberto? Tu eres la más afectada, pero ¿Y él? ¿Por qué no lo intentas una última vez? Si no haces un intento final no cerrarás lo que empezaste. Él aceptara. Tienes un marido comprensivo. Eres afortunada. Díselo de esa forma: El último intento. Laura, míralo como un acto de amor. ¿No crees?

—Un acto de amor —repetí despacio. Ella me miró con los ojos de su yerno —No se. Mama: ¿Puedo quedarme a dormir esta noche? Necesito ordenar lo que siento.

Cuando llamé a Alberto para decirle que nos veríamos mañana, enmudeció. La voz le temblaba.

—Laura, decidas lo que decidas, recuerda: Estamos juntos —lo escuche conmovida con un nudo en la garganta. Rompí a llorar— ¡Lo siento! ¡Lo siento Alberto.....! Mañana hablamos.....

Han pasado muchas lunas desde aquella conversación con mi madre. No volví a coger el diario. Hace unos minutos escribí la última nota. Que el cielo decida.

8 de Diciembre del 2009

Un acto de amor. Esa era la frase. Después de esa noche llego el invierno, la primavera y con ella el último intento. Gracias a Dios. Gracias mamá. Y como no, a ti, mí querido Alberto. Mañana mis gemelos, Alba y Luis alcanzarán sus 34 semanas. Alba esta de nalgas. No para. Tan inquieta y machacona como su abuela. Luis es más tranquilo, se parece a su padre. La cesárea me la programaran en la semana 36. No me queda nada más que escribir. Gracias.

MARIA CALERO

